COLECCIÓN HISPANIOLA, 52

BÁRBARA GUNZ

Portada: Fotografía promocional
de Vivian Leigh (*Creative Commons license*)

© De los textos, Rafael Maldonado

© Confluencias, 2025
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Impreso en España

ISBN: 978-84-129263-9-2
Depósito legal: AL 3750-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

RAFAEL MALDONADO

BÁRBARA GUNZ

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

Detrás de cada situación hay una dama. Se trate de lo que se trate, lo único que hay que hacer es buscar a la dama: ella es la explicación.

HENRY JAMES. *Las bostonianas*

Me percato de repente de que en realidad no puedo recordar ningún detalle particular de su rostro, sólo su silueta, su atuendo, cuando se alejó usted entre las mesas del café.

KAFKA. *Cartas a Milena*

Hay un aspecto de la guerra que yo creo que él comenzaba a ver: que es humana, que se vive como un amor o como un odio, y que se podría contar como una novela.

MARCEL PROUST. *El tiempo recobrado*

Yo no soy más que un hombre que ha tenido la suerte de envejecer sin haber conocido la desesperación de amar.

WILLIAM FAULKNER. *Luz de agosto*

A José Villalobos Domínguez

I

Había vuelto a Majer para escribir la historia de una dama de la que ni siquiera sabía el nombre verdadero. Lo supe luego, más tarde, poco antes de dejar la medicina para dedicarme casi por entero a la literatura, cuando ya llevaba semanas instalado en la casa familiar del pueblo donde nací y al que no regresaba desde el entierro de uno de mis pacientes, una casona decimonónica que heredé de mi padre y que había sido de mi abuelo y de la que ahora, sin embargo, no logro marcharme.

Podría comenzar de muchas formas mi narración, pero realmente sólo me parece pertinente decir por el momento que aquella con la que empezó este relato no era más que una tarde plomiza de otoño sin tiempo y sin historia.

El vibrátil sonido, encadenado y retumbante, penetró en el dispensario como una suerte de alarma que indicara, en un aula, el fin de una clase; coincidiendo, en este caso, con el final de la conferencia ininterrumpida —sólo por llantos y sollozos animalescos— de la mujer.

—Discúlpeme —dijo el médico a la paciente, aún llorosa tras el desahogo al que éste no tenía más remedio que acudir con su sola e imponente presencia—. Discúlpeme, no será mucho más de cinco minutos, señora, ya ha visto que no tengo aquí esta tarde a Margot, la enfermera, y me toca también atender las llamadas, abrir la puerta y coger las citas. Créame que lo lamento, pero siempre está la posibilidad de que se trate de algo importante, digamos: una urgencia de vida o muerte, ya sabe como son, algunas veces, las vidas de los médicos de pueblo.

La mujer dio con el gesto —un mohín donde se entremezclaban el desconcierto y la extrañeza— algo parecido a un permiso, y se secó las lágrimas con un pañuelo de papel que el médico le ofrecía, recién sacado, de la caja que cartón que adornaba un almanaque del año en curso, 1958. Junto al calendario, adornado con una publicidad farmacéutica de un medicamento para la tensión arterial llamado Resertenín, las vibraciones del teléfono se traspasaban a la mesa de madera noble del doctor, haciendo moverse hacia el precipicio sobre la alfombra un cenicero con las letras Cinzano, hasta que éste, como si ya intuyese que el emisor no era un simple paciente, lo descolgó con algo de miedo, como si temiese que el aparato, más

que noticias desagradables, pudiese electrocutarlo. La mujer había dejado por completo de llorar, y mientras el médico atendía la llamada se dedicó a escudriñar el despacho: los libros abundantes en una librería que el médico tenía su espalda, a juego con la mesa —libros sobre todo de medicina, aunque también algunas novelas clásicas entre la que destacaban dos gruesos tomos de una edición facsímil del *Quijote* y varios tomos de poesía con arabescos dorados en el lomo—, las fotografías familiares donde sobresalía una del doctor recién licenciado, joven y ya con entradas pronunciadas en la cabeza además de una delgadez que mantenía en ese año en el que ya había cumplido los cincuenta, el crucifijo que le había regalado su madre en la boda y frente al que se persignaba cada mañana antes de ponerse la bata blanca en un ritual más agnóstico y de costumbre que pío, la belleza multicolor del suelo de baldosa hidráulica (un colorido que contrastaba con lo sombrío y macilento del rostro del doctor; también, con su propio estado), la parca y escueta y oscura sala de reconocimiento, y, en una de las baldas desnudas, una foto del médico con su mentor y profesor en los años de estudios en Madrid, el doctor Marañón, dedicada por éste con una letra alargada de manuscrito del barroco que cubría parte de su anatomía.

El médico sólo había dicho al levantar el auricular un ¿Diga?, ni siquiera se identificó ni dio a conocer el dispensario como lo hacía Margot (Consulta del doctor Suz, ¿qué desea?), no, dijo el ¿Diga? y se limitó a escuchar lo que alguien empezó a contarle desde lo

que parecía el otro lado del mundo, de su mundo, con noticias confusas en un principio pero sencillas, quizá demasiado, para su alma intuitiva. La mujer vio cómo el médico ante el que acababa de mostrar sus secretos más íntimos cogió otro pañuelo de la caja del almanaque y se comenzó a secar la frente amplia llena de surcos paralelos de arrugas, renglones torcidos que se asemejaban a viejas cicatrices producidas por la saña del cuchillo torturador de un matarife, entre las que se alternaban, oscuras, manchas de la edad a la manera de notas musicales en la partitura de la piel. No asentía, no decía nada, ni siquiera le dijo al remitente que él era el doctor Mario Suz, el hombre —o la mujer, claro— hubo de reconocerlo por la voz, y quien fuese no dudó de su identidad y empezó a narrar algo que de inmediato, como un brote de fiebres o una ola súbita de calor, lo hizo acalorarse y aflojarse, con disimulo, el nudo de la corbata azul marino de rayas doradas tras hacer lo propio con el último botón de una camisa celeste. La mujer vio cómo el doctor tragaba saliva y cómo la nuez subía y bajaba con facilidad en una especie de termómetro de mercurio enloquecido, ya liberada del estorbo del cuello de la camisa y el nudo de la corbata que, juraría, en esos momentos se asemejaba a una soga. El médico se echó el auricular al hombro y lo sujetó con la oreja y la parte izquierda del cuello, sólo de esa forma tuvo las manos libres para prender un cigarrillo, un Abdulla sin filtro en cuyo encendido notó la mujer que las manos del médico —unas manos muy delgadas, sarmentosas, de uñas cuidadas y bellos abundantes hasta los nudillos y

entre estos y la primera articulación de las falanges— temblaba ligeramente. El médico notó que la mujer se había dado cuenta de su estado, y quizá para disimularlo le ofreció a ella uno de los cigarrillos, algo que la mujer no aceptó, sintiéndose de repente mal por su presencia allí, ya que parecía claro que esa llamada no era agradable para el hombre que acababa de conocer y al que había acudido desesperada por ciertos dolores en la única parte del cuerpo que no podía señalar, que no era —o no sólo— ningún órgano ni víscera ni hueso ni músculo. Es un médico general, Aurora, pero es mejor que los psiquiatras, que, a menos que te descuides, te ingresan en el sanatorio de los Rey, le decían sus hermanas, monja una y maestra la otra, ambas preocupadas por la benjamina de los Montenegro. Ve a verlo y cuéntale, que él sabe. Ha venido a Majer en una sustitución de los médicos de asistencia pública, se irá probablemente el año que viene, o el otro, cerrando también el consultorio privado, no pierdes nada, aseguró la monja entre ruegos de letanía.

Quizá porque el sudor le llegó a la cara y aportó brillo a las mejillas, a la mujer le dio la impresión de que al médico le había crecido la barba en esos lentos minutos de escucha, azuleándole la cara y haciéndolo, si no más viejo, más grave, marcados y hundidos los pómulos, como si, en una terrible visión del futuro, la mujer pudiese ver la calavera que encerraba el doctor. El médico, de repente, tras una larga calada que soñaba que obrase de ansiolítico, le esbozó a la mujer una falsa, desesperada sonrisa, que la mujer devolvió con la misma hipocresía. Ella no sabía si irse ya del dispensario,

aún sin tratamiento y sin haber abonado los honorarios del médico por la larga consulta, pero lo cierto es que sólo con el desahogo y la atenta escucha del doctor ya se encontraba mejor. Él tampoco le dijo que se fuese, y comenzó a sentirse demasiado incómoda. El médico, de repente, se puso de pie y le dio la espalda a la paciente: se quedó fumando mientras aparentaba mirar los lomos de sus propios libros, siempre con el auricular en una u otra oreja, como si se cansase de escuchar tantos horrores por un solo pabellón auditivo. Pero, ¿eran horrores? ¿Eran de verdad malas noticias? No estaba segura, pero un hombre como él, pensó la mujer, debía de estar acostumbrado a las más situaciones más tristes y aciagas. Su familia, la del médico, estaba bien, no era eso: lo sabía porque había visto al entrar en la casa a una mujer de pelo cardado y perlas en el cuello y en las orejas y a dos mujeres en la flor de la edad muy rubias y solteras en un saloncito contiguo, sentadas en un tresillo de cuero, merendando unos dulces mientras escuchaban el radioteatro de las siete y media con hierática emoción. ¿Qué era entonces? ¿Un muerto? ¿Un suicida? ¿Un accidente? ¿La necesidad inmediata de su presencia en una autopsia? ¿Alguien que le comunicaba la ruina absoluta de un negocio en el que había invertido los ahorros de veinticinco años de ejercicio de la medicina? La mujer pensó en todo, y también en nada: alternaba el desasosiego fabulador y el fundido en negro de su mente herida. Los cinco minutos —o tal vez diez, puede que quince— que el doctor estuvo al teléfono a la mujer se le hicieron eternos, incluso sacudió el reloj de su débil y contusionada muñeca porque

no se creía que sólo fuesen las ocho menos diez de la tarde. En un momento indeterminado, el médico se dejó caer en la silla a la manera de un muñeco de trapo, quedándose en el sillón en una postura inerte, desencajada. El último cigarrillo se le había consumido y apagado en la propia mano de dedos amarillentos que delataban más de treinta años de vicio, y tenía manchas de ceniza en el retal de bata blanca que le cubría el brazo izquierdo.

—¿Se encuentra bien, doctor Suz? —preguntó la mujer armándose de valor, y dio la impresión de que las ondas sonoras tardaron una eternidad en llegar, audibles e interrogantes, a los oídos del hombre que, desde su postura contrahecha de polichinela, intentaba, sin éxito, encender el mechero con el que hacer lo propio con el Abdulla.

—Sí, gracias, Aurora —dijo al fin como saliendo de un conjuro que produjese amnesia —. Habrá de perdonarme esta espera tan absurda. Vuelvo en seguida, supongo que si no está ahí fuera, doña Sebastiana ya no vendrá. Le dije que a última hora le haría un hueco, pero lo cierto es que ya no lo tengo, no, ya no lo tengo —repitió.

El guiñol vestido de médico se recompuso como lo haría un titiritero, dándose imaginarios golpes y estiramientos de articulaciones de cuerda y madera, y buscando aplomo con la misma ansiedad que buscaba una calada abrió la puerta y vio la soledad terrible de una sala de espera vacía. Cuando el médico se sentó de nuevo e intentó buscar un poco de orden

disponiendo de forma mecánica los folios, el talonario de recetas, las plumas y los sellos, la mujer estuvo tentada de preguntarle si le ocurría algo, si la llamada que había detenido el tiempo de la consulta y el tiempo interior de la mujer —un tiempo que, sin embargo, había acelerado el del médico— era una llamada portadora de malas noticias. Era la primera vez que veía en su vida al doctor Suz, no tenía confianza para ello, y por el rostro desencajado del doctor ella pensó que, dada la naturaleza de las noticias de las que lo acababan de hacer partícipe, él lo habría olvidado todo: el largo rato en el que ella se había sincerado hasta el extremo sobre los males —probablemente imaginarios para todo el mundo— que abatían su alma ahíta de dolor y de espanto. Ella había inventado un relato acorde al disimulo buscado, quería y no podía decirle al médico la verdad de su tormento vital, y creyó que aquel doctor sabría extraer de la ficción que necesariamente le presentaba el mínimo de verdad para comprenderla, para ponerse en su lugar. Aunque por un momento pensó que tal vez no, y que despacharía aquel largo rato en el que él había tomado notas —que podrían no ser más que otra ficción para poder soportar, quién sabe, otros dolores desconocidos— con un par de medicamentos que la dejarían al borde de la catatonia, convertida —como en el fondo quería su marido— en un ser animalesco, vivo y muerto a la vez, con la suficiente vida para ejercer las funciones que a él —y no sólo a él— le resultaban inquebrantables. Pero el doctor, empero, aparentó leer los folios manuscritos y asentir, miró el reloj —en la iglesia

cercana de San Ventura las campanas comenzaban a llamar a misa de ocho a la manera de un muecín afónico y ruidoso— y le dijo a la mujer que se tumbase en la camilla. La mujer cruzó los brazos y se preguntó a sí misma, no al doctor, si sería necesario aquello, pero aceptó por cortesía (y también por intriga). Había una remota posibilidad de que durante el reconocimiento físico fuese el propio doctor el que, movido por alguna circunstancia desconocida, se le sincerase a la mujer sobre aquella llamada tan extraña.

—Quítese la parte de arriba, sólo la camisa y la rebeca, no hace falta el sostén —dijo sin mirarla, ligera y mecánicamente avergonzado.

El médico, otra vez de espaldas a ella, buscaba su fonendo con extrañeza, como si buscase algo que no había visto nunca, o sólo en fotografías y películas. Cuando lo encontró bajo propaganda farmacéutica de un antibiótico, se quedó mirándolo como el coleccionista mira una extraña pieza desconocida en un remoto anticuario: entre el asombro, la fascinación y la posible utilidad de la pieza hallada. En efecto, temblaba; temblaba el doctor pero con una mínima sacudida causada —no tenía duda alguna la mujer, de nombre Aurora Montenegro—, por la llamada, ignoraba si por lo que contenía o por la cantidad de veces que sonó el teléfono antes de que él se atreviese a descolgarlo. Parecía, ya se dijo, como si él se hubiese contagiado no tanto de las hipotéticas malas noticias de la llamada sino con la física de la misma: el viejo aparato y su malsana vibración sobre la mesa en la que él tenía apoyadas las manos delgadas, velludas y

acogedoras. Inspire fuerte, Aurora, dijo al fin poniendo el redondel frío del fonendo en la espalda, y él hizo lo mismo, no tanto para enseñarla a dejar sus pulmones y su corazón aptos para el examen sino para intentar sosegarse. Hizo lo propio también junto a los senos, buscando entre las apretadas, blanquecinas y bovinas mamas en las que destacaba un cardenal en forma de nube dónde colocar la aureola del fonendo.

—Inspire, muy bien, y ahora eche el aire lentamente hasta donde pueda, muy bien. Túmbese ahora, quiero verle la circulación de las piernas.

Era la de la mujer una falda larga, como de tubo, y el médico tuvo que conformarse con palpar los tobillos (algo hinchados) e ir de allí hasta las rodillas, encontrándose por el camino con varices hinchadas que, en alguna ocasión, como en una especie de impacto, habían sido perforadas. Supo lo que pasaba pero no hizo preguntas, nada, sólo sacó fuerzas para, con la mano izquierda trémula y nicotínica, agarrar con fuerza y afecto comprensivo la misma mano de la mujer. Se sentó en su silla y, todavía con ligero aspecto de muñeco de trapo, empezó a movérsele la mano derecha como si ésta, desde arriba, estuviese guiada por los hilos invisibles de un polichinela, de tal suerte que empezó la pluma a anotar el nombre de un medicamento sobre un talonario de recetas con el membrete del doctor Suz. Era tan torpe, silencioso y artificial el acto médico que la mujer, que se vestía mirando hacia los libros que quedaban a la espalda del médico, tuvo la impresión de que algo o alguien le había

metido la mano por debajo de la bata y guiase, como un ventrílocuo, las acciones habituales de todo galeno. El doctor era el mismo que la había atendido desde hacía una hora, pero era también otro hombre. Estaba convencida de que cuando el médico la despidiese en la puerta y entrase al saloncito donde estaban su mujer y sus hijas éstas gritarían de espanto al encontrarse con un impostor que se había puesto la ropa, la bata y las gafas del doctor Suz.

—Aurora, es tarde y tengo unos compromisos, voy a estudiar todo lo que me ha contado y voy a esperar el resultado de esas analíticas de las que me habla, mientras tanto, vaya tomándose esto, medio por la mañana y otro por la noche y, si le parece, la vuelvo a ver la semana próxima, a finales, el jueves o el viernes a esta misma hora.

El médico la acompañó hasta la puerta atravesando la ahora lóbrega sala de espera vacía, que le recordó a los primeros años sin pacientes apenas en un pueblo diminuto y diezmado por la guerra en la sierra de las Nieves, nada que ver con Majer ni donde tenía su plaza fija, en Bellamar, y volviéndole a agarrar la mano (ahora con menos fuerza pero con la misma solidaridad afectiva) le dijo que fuese con Dios. La mujer se quedó en la puerta de la casa de dos plantas del doctor, mirando indefensa, asustada por la intriga, hacia los lados escasamente iluminados por viejas farolas de luz mortecina de lo que fue, en el siglo pasado, la entrada a Majer desde la capital. Sentía un pavor antiguo a volver a casa —una casa lóbrega, desolada, no tanto por las

características de la misma como por lo sombrío del espíritu de quien la cohabitaba con ella—, y a eso se había sumado el misterio malsano por la naturaleza de la llamada, qué contenía para haber transformado, en segundos, la vida del hombre más correcto, racional y experimentado de Majer. La noche y la oscuridad había caído sobre el pueblo de la misma forma que llevaban cayendo —también durante el día— sobre ella más de diez años seguidos. Le daba la impresión de que también aquella noche era más negra y más umbría que todas las noches que recordaba desde la década larga que llevaba en el pueblo casada con aquel tendero dipsómano de la calle Prim. Miró la receta que le había dado el doctor y no entendió bien la letras de trazos gruesos que había escrito la pluma del monigote en el que había devenido el médico. Las boticas, pensó, están a punto de cerrar, la de don Julio Añón no está lejos, pero no, no, es tarde, ya iré mañana. Ella esperó y no sabía a qué, y quiso que la noche —la suya y la del cosmos, ambas inmisericordes— se tornasen en un día sin fin, y se sentó a esperar en las escaleras de mármol de la entrada a una vieja mansión que había tres o cuatro casas más arriba de la del médico.

A los cinco minutos vio que el doctor, sin la bata y cubierto por un viejo y recio tabardo de navegante y un sombrero de fieltro azul, salió a caminar en dirección al sur de la ciudad. ¿A dónde va? ¿Tendrá que ver con la llamada?, se preguntó la mujer, que, cuando vio que la distancia con el médico era prudencial, comenzó a seguirlo con toda la discreción de la que supo hacerse.